



DIRECTORA: ANGELA GRASSI

Núm. 5. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Febrero 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.—Revista de Modas, por doña Joaquina Balmaseda.—MODAS: Vestido con chaleco.—Traje para niña.—Traje para niño.—Vestido con paletot para niña.—Traje de cachemir y terciopelo.—Vestido bullonado y sombrero *Gabriela*.—Vestido con túnica y sombrero *Nilson*.—Vestido de cachemir.—Vestido con paletot y sombrero diadema.—Traje guarnecido de pieles y sombrero *Carlota Corday*.—Traje con chaqueta y sombrero *Toque*.—Traje con cinturón y echarpe.—Traje con túnica y sombrero *Rabagas*.—Traje con chaqueta húsar.—Traje rico para sociedad.—Vestido con túnica y sombrero marinero.—Traje

de faya y sombrero *Lamballe*.—Vestido con paletot corto y sombrero de fieltro.—Vestido con esclavina y sombrero diadema.—Vestido con túnica.—Abanico de flores para sociedad.—LITERATURA: El invierno y los pobres, por Emilia Calé y de Quintero.—Retroceder á tiempo, por Adela Sanchez de Cantos.—Inquietud del alma, poesía, por María del Pilar Sinués de Marco.—Madrigal, por Bernardo Aparicio.—Angela, por Francisco Guerrero y García.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Charadas.—Correspondencia.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

La riqueza en los adornos, el capricho llevado á la exageración, lo atrevido en la forma, la ostentación en todo... He aquí el carácter de nuestros trajes, la *fisonomía* de la Moda, *fisonomía* de gran señoría á la verdad! La cola va tomando cada día mayores proporciones, aunque todavía se halla lejos del exceso á que llegó en su último período. Cuando el mirriñaque y la abundancia de largo y vuelo de la falda, oscurecía á la mujer, dejando visible solo el vestido; la cola de hoy es una cola razonable, que descansa con naturalidad sobre la enagua de cola y volantitos, prestándose con flexibilidad á todos los movimientos del cuerpo. Aun con estas buenas condiciones, ninguna persona que sabe vestir se lanza á la calle y al paseo con traje de cola, y si alguna vez en las alamedas del Buen Retiro ó de la Castellana pasa al lado vuestro alguno de estos trajes, no dudeis que la que le ostenta lleva consigo el carruaje ó el mal gusto. Para salón y carruaje se permite la cola del traje de ceremonia; para las reuniones íntimas ya no se admite más que la media cola, y para calle y paseo á pié, sigue invariable el traje redondo, que con la botina de cabritilla doble, es el verdadero traje de invierno, que no recoge la humedad del suelo, y deja tranquilas las manos dentro del manguito.

Para estos trajes redondos, es para los que reina sin rival la túnica, y puede pronosticarse larga vida: en cambio, para los trajes de cola, la forma más generalmente admitida es una falda sola por detrás, con pouf sostenido por rico echarpe y con adorno al canto, cuya falda se abre como un manto de corte sobre otra falda, ó sencillamente sobre un delantal de distinto color ó adorno. En este gusto puedo recomendaros un traje de faya azul: toda la falda á bullones perpendiculares separados por plegados de faya negra, abierta sobre un delantal de terciopelo negro, con bullones diagonales y lazos azules. Otro de faya gris y terciopelo verde con delantal á volantes y bullones separados por bieses de terciopelo y túnica-manto, con extensa cola y pouf, sobre el cual descansan dos grandes caídas de encaje negro que descienden de la abertura del postillon de la chaqueta. Hácense vestidos de terciopelo negro abiertos sobre delantal de raso de color celeste ó grana, que con su gola y mangas bullonadas, son verdaderos trajes de la época de Enrique III. Tam-



1. Vestido con chaleco para jovencita.

2. Traje para niña.

4. A 4. TRAJES PARA NIÑOS

3. Traje para niño hasta siete años.

4. Vestido con paletot para niña.

bien puedo recomendaros otro de faya negra rica, recogido de un lado con pasamanería para dejar lucir una falda interior de faya ó raso plegado, falda que puede simularse, colocando solo el pedazo visible debajo de la otra: este modelo le completa chaleco del color de la falda interior, que no sube más que á formar el escote cuadrado, acompañado de alta gola, mangas con vueltas de color y encajes blancos y postillon en el cuerpo á grandes pliegues, forrado de raso de color. Los colores gris y negro se unen con admirable armonía, y el traje que acabo de

describiros en faya negra y raso celeste ó color perla, sería de un efecto delicioso. También tengo á la vista, para calle, otro en estos mismos dos tonos, que se combinan: la falda negra de faya con volante ancho gris á grandes tablas sujetas con lazos y quillas de volantitos color gris; túnica gris, con grandes solapas negras á los lados y la parte de atrás rayada á tiras negras sobre gris, lo mismo que las mangas: presillas de pasamanería negra cierran por delante en todo su largo la túnica cuadrada. De todas maneras el traje negro para traje de salón figura hoy en primer término con encajes, con pluma, ó con cualquier adorno de color.

Respecto de colores y de telas, no consultéis, mis queridas lectoras, más que á vosotras mismas. El primero debeis elegirle, teniendo en cuenta el color de vuestro cutis; la segunda, atendiendo al estado de vuestra fortuna, porque cualquiera de los modelos que os presento en faya y terciopelo, puede copiarse en cachemir y faya, tarlatana y gasa de Chambéry, etcétera. Lo importante es la forma y la colocación de los adornos, y á guiarnos en ambos se encaminan mis apuntes. El azul conviene principalmente á los rostros jóvenes y frescos; el rosa á las pálidas, y á las morenas los colores vivos, como grana y botón de oro. El malva y el lila, distinguidísimos en cuanto á la elegancia, favorecen poco al rostro, inconveniente que hoy desaparece con la mezcla de dos colores, que puede ir el segundo, rosa ó azul, junto al rostro en gola ó chaleco. Con los colores indefinibles, como el verde lila, azul mineral, verde reseda y otros, si han de ser para salón, os aconsejo que los elijais por la noche, porque ya ha sucedido resultar con la luz artificial de color contrario que con la del día. Los echarpes ó grandes caídas se llevan mucho, sobre todo para jóvenes; se hacen en faya y se colocan desde el hombro al tallo, descendiendo

al costado á sujetarlos con una flor cuando acompañan á un traje ligero de baile, ó sosteniendo el pouf de la falda ó de la túnica-manto, que desciende más larga que la primera falda, á formar la cola, recogiendo en un gracioso plegado para hacer, de uno mismo, traje de calle y de salón. Ya sabéis que se mezcla mucho la faya con las telas ligeras, y como el adorno de plegados *hace furor*, es preciso elegir para ellos faya, gasa Chambéry ó tarlatana, únicas telas que pliegan bien: el glasé, el raso y el terciopelo, son más propios para adornos lisos. Para trajes sen-

cillos de baile, quiero recomendaros, así de paso, sin que apenas se fijen las personas que de toda economía razonada encuentran que murmurar, un vestido bullonado en tul de algodón, y luego cubierto como con una nube vaporosa, con tul de seda, que tiene el privilegio de poderse renovar sin deshacer el vestido. Con estos trajes vaporosos sentaría bien un juego de guirnalda de flores reseda y capullos de rosa... Nada más cándidamente ideal!

La joyería se usa siempre, y la más rica más; pero en objetos de bisutería, se encuentran caprichos que la aventajan: tal son la infinidad de insectos en cristales de diferentes tornasoles. Las mariposas, los escarabajos, la luciérnaga... todas las plagas de Egipto, en fin, en topacio, ópalo y rosa, aspiran á tomar posesion de nuestros peinados y nuestros sombreros... ¡Quién había de decir que á tanto llegarían los caprichos de la mujer! y sin embargo, nada más lindo para sujetar un tirabuzon ó el lazo de un sombrero... A propósito. ¿Habeis visto los últimos sombreros *Toque*, forma bullonada, que ostenta Elisa en sus escaparates de la Puerta del Sol? Parecía imposible que en medio de lo desairado de la Moda actual, se inventara un sombrero aceptable... Pues bien, el milagro está hecho, y los numerosos ejemplares que ya se han realizado, prueba que no es difícil de repetir.

Háblase algo de bailes de trajes, y aunque no reine para ellos la animacion de otros años, no falta quien se permite este capricho costoso. Para esta clase de fiestas, el traje *Luis XV*, cuando está bien hecho, es muy lindo; tengo á la vista otro de *Margarita, del Fausto*, hecho en raso con limonera, escote y adornos de talco; otro de *Pescadora* con su gracioso sombrerito de hule, que se presta á ser fácilmente improvisado; y finalmente, el de *Locura*, con sus numerosas faldas de picos de distintos colores y su sombrerillo de punta enroscada, que no está pidiendo más que un rostro de diez y ocho abriles para realzarle. Para estos trajes, aún más que para los de actualidad, debeis consultar vuestra figura, porque en ellos la licencia, tan solo contenida por el gusto, os autoriza para todo.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS

1 á 4. TRAJES PARA NIÑOS.

1. *Vestido con chaleco para jovencita*.—Vestido con cuerpo alto y túnica abierta por delante en armure azul con terciopelo igual: la falda va adornada de un volante plegado con rizado azul á las dos orillas, y la túnica y vueltas de manga llevan biés de terciopelo azul igual al chaleco, cuya aldeta va forrada de seda azul como las caidas del cinturón: gola y rollos en la boca-manga completan el chaleco, acompañando á la gola de terciopelo otra interior de tul. Sombrero redondo de terciopelo negro con pluma y cintas azules.

2. *Traje para niña*.—Túnica de paño granate forrada de franela y guarnecida de armiño, del cual es el manguito, guarnicion del sombrero y corbata. Falda de cachemir granate con volante plegado: botinas altas.

3. *Traje para niño*.—Se hace en paño diagonal gris, con pantalon ceñido á la rodilla y blusa con plaston y cuello marinero de terciopelo, así como la vuelta de manga; una tira del mismo adorna el pantalon y remata con un lazo. Sombrero de fieltro con ala vuelta á los lados, forrado de faya igual al biés que rodea la copa. Un ala de pluma y hebilla completan el sombrero.

4. *Vestido con paletot para niña*.—Falda de reps de lana de color, con cuatro bieses de tono más claro orillados de seda á la pegadura: paletot de paño-terciopelo con cuello vuelto, vueltas de manga y cinturón de faya y botones de plata oxidada. Sombrero birrete de terciopelo con piel igual al manguito, lazo de terciopelo y ala de pluma.

5 á 19. TRAJES DE CALLE Y SALON.

Este magnífico grabado representa un grandioso almacén de Modas, ofreciendo en los modelos y en las concurrentes lo más distinguido que hoy autoriza la Moda en vestidos y sombreros.

5. *Traje de cachemir y terciopelo*.—El vestido, de cachemir color de avellana, va adornado con terciopelo más oscuro: la falda lleva volante de 50 cents. de ancho con cabeza de 8, y en él tres bieses de terciopelo de 7 cents. cada uno. La túnica tiene 322 cents. de vuelo por abajo, por 132 de largo por detrás y 110 por delante, llevando al costado, como adorno, un pedazo de terciopelo de tres puntas, que por el lado largo que va unido á la falda con botones, tiene 71 cents.: una de las puntas de este triángulo va á la cintura, otra al fin de la túnica y la otra hasta la abertura de la túnica por detrás, plegándola ligeramente. La vuelta de manga y cuello son de

terciopelo, completando el vestido grandes botones de nácar y gola blanca. Sombrero *Toque* con fondo bullonado adornado de flores y plumas; manguito de terciopelo con plumas.

6. *Vestido bullonado y sombrero Gabriela*.—Falda de poplin gris, adornada de bullones de faya de tono más claro y plegados de la tela del traje, formando una guarnicion hasta mitad de la falda. Túnica de poplin con volante separado de la cabeza por un biés de faya y ribete de la misma, sosteniendo el pouf de bridas de faya que parten de los lados del talle: tres bieses de poplin y faya adornan la manga y acompañan al traje sombrero *Gabriela* de terciopelo negro con rosas, levantado de atrás, y con gran velo de encaje sujeto á su mitad por una hebilla de azabache.

7. *Vestido de cachemir y paletot*.—La falda, de cachemir verde reseda, con volantes estrechos de dos tonos, va acompañada de paletot con largos delanteros abiertos sobre un chaleco, y espalda con aldeta corta y abierta, adornada con botones, descansando sobre lazadas de cinta de faya reseda. Sombrero de fieltro de fondo bullonado con velo y pluma.

8. *Vestido con túnica y sombrero Nilson*.—Falda de satén adornada con bieses y lazos de faya y terciopelo, y túnica con lazo en la espalda y los costados, con hebilla de nácar. Sombrero *Nilson*, colocado muy atrás, de terciopelo con flores y plumas.

9. *Traje con pieles y sombrero Carlota Corday*.—Vestido de paño de Lyon negro y dolman de terciopelo negro adornado de piel: la falda lleva un volante ancho y otro estrecho separado de su cabeza por una tira de piel Renard-plata y grandes lazos de terciopelo al costado: igual clase de piel adorna el dolman. Sombrero *Carlota Corday* de terciopelo con ala vuelta, de faya, flor y ala de pluma. El traje en faya color de bronce con la piel petit-gris sería tambien de muy buen efecto.

10. *Vestido con paletot y sombrero diadema*.—Vestido de terciopelo inglés, con paletot largo adornado de piel: sombrero *diadema* de fieltro con cintas de faya, pluma y velo.

11. *Traje con chaqueta y sombrero Toque*.—Falda de satén con bullones por delante y volantes por detrás en todo su largo, y chaqueta de paño-terciopelo gris con ribete y adornos de terciopelo de color más subido, adornada por delante de cordon y botones oxidados. Sombrero *Toque* de fondo bullonado con velo y ramo de flores.

12. *Traje con cinturón-écharpe*.—Falda y cuerpo de faya color reseda y túnica sin mangas, de tono más oscuro, cerrada por delante con dos carreras de botones. Las mangas llevan vuelta del tono más subido, y la túnica biés de color más claro. El écharpe, de tela como la falda, es una tira de 25 cents. de anchura por 180 de larga: cuello alto un poco abierto, que termina en el pecho con un lazo, llevando dentro gola de muselina.

13. *Traje con túnica y sombrero Rabagás*.—Vestido de satén azul acero con vueltas, cuello y solapas de faya bordadas de soutache. Sombrero de fieltro con ribete de terciopelo, cintas de faya y terciopelo y pluma de avestruz sujeta por un pájaro.

14. *Traje con chaqueta hásar*.—Es de cachemir de color con vueltas en la manga, y túnica de faya de color más subido ó terciopelo; la túnica va unida por lazos de faya del color más claro, y la chaqueta cruzada en plaston, va guarnecida de doble biés de los dos tonos, cerrándola dos hileras de botones dorados, y ribeteando todos los ojales un biés de faya. Cuello de faya ó terciopelo.

15. *Traje para sociedad*.—Vestido de faya negra de la más rica: la falda lleva volante ancho de terciopelo y plegado encima, sobre el que va rica pasamanería bordada de azabache; la túnica, muy larga y abierta por delante, forma dos grandes caidas cuadradas por detrás, todo ello adornado de terciopelo y pasamanería, sujetando el pouf de la túnica gran lazo de terciopelo con hebilla de azabache. El mismo adorno de pasamanería se repite en el cuerpo y manga, con fleco de azabache en el escote al pié de la gola abierta en corazon; y la gola es de faya y otra dentro de tul igual al plegado interior de la manga.

16. *Vestido con túnica y sombrero marinero*.—Los delanteros de la chaqueta descansan sobre chaleco de punta, y quedan desde él holgados y cerrando al terminar la solapa con un lazo. El traje es de moiré de lana gris claro, con doble falda adornadas de faya del mismo color ó azul pálido, debiendo ser de la misma el chaleco, ribete de la chaqueta, solapas y vueltas de manga. Completa el escote una camiseta de Holanda con corbata igual á los adornos. Sombrero de terciopelo forma *marinero* con ribete azul bajo y azul subido, lazo de ambos colores y velo largo.

17. *Traje de faya y sombrero Lamballe*.—Falda de color verde fayo, con dos volantes al biés, de 1 y 2 cents.

de ancho, el último con biés á la cabeza, de terciopelo de igual color; dos plegados de 9 y 15 cents. de ancho completan el adorno, el primero formando cabeza y el segundo separando los dos volantes. Túnica abierta con biés de terciopelo alrededor, orillado de faya; y lazos de faya del color del terciopelo con hebillas de nácar, por delante, en las orillas de la túnica, en el pecho y mangas. Sombrero *Lamballe*, de terciopelo, de fondo liso y ala levantada de un lado, adornado de flores y pluma larga.

18. *Vestido con paletot corto y sombrero de fieltro*.—Vestido de satén color de pasa y paletot de castor, ceñido, cerrado con doble hilera de botones dorados, y sombrero de fieltro con ala recogida de los lados, adornado de cintas y plumas.

19. *Vestido con esclavina y sombrero Diadema*.—Vestido de paño de Francia con abrigo carrik igual, adornado de pieles y fleco. Sombrero *Diadema* de terciopelo, con adornos de terciopelo y raso, plumas y velo.

20 y 21. ABANICO DE FLORES.

La ejecucion de este caprichoso abanico resulta clara en el número 21: necesita una armadura de alambre, á la cual se van sujetando las flores por ambos lados, principiando por el borde para ir cubriendo los cabos ó tallos con las cabezas. El mango de marfil ó maderas finas remata en una corona. Las flores del peinado corresponden á las del abanico.

22 y 23. VESTIDO CON TÚNICA.

Es el primero de satén color reseda con volante plegado, con doble cabeza á picos ribeteados de faya de igual color: tres pequeños bieses de la misma, orillan la túnica larga, cerrada por delante con botones, y la misma faya en ribete adorna la gola, manga y cinturón. El número 23 es el mismo modelo presentado por delante, con rizado forrado de faya que vuelve en ribete sobre el volante y por delante en todo el largo de la túnica. Cinturón con lazo y mosqueton para el abanico.

JOAQUINA BALMASEDA.

EL INVIERNO Y LOS POBRES.

Llegó el invierno: con él tambien esa época de goces y placeres para el rico, de afliccion y de lágrimas para el pobre. Las artes y la industria presentan en el ancho campo de su creciente progreso cuanto puede halagar los sentidos, pues adonde se dirige la mirada, se ve la mano de la civilizacion.

Mas esos multiplicados objetos que adornan los brillantes escaparates del comercio, pasan en breve á ocupar un puesto, ya por necesidad, ya solo por lujo, á la casa del rico ó del que al ménos disfruta de una mediana fortuna.

¿Cómo sentir de ese modo en alto grado el rigor del invierno? Penetremos en la casa del primero: ya desde la escalera comienzan ricas alfombras, y en las habitaciones interiores se descubre el mismo acabado lujo en sus vistosas tapicerías, en su elegante y cómodo mueblaje. Calientes estufas que cambian en grata una desagradable temperatura. Una mesa surtida con apetitosos y succulentos manjares y con vinos confortables, convida con todo lo necesario para una vida de lujo, con todo lo llamado indispensable en una mesa de buen tono; y por complemento una mullida cama donde el cuerpo reposa y la imaginacion se aduerme arrullada por los dulces recuerdos de un día dichoso.

Si desea respirar otra atmósfera más libre que la de su casa ó palacio, para buscarla es conducido en elegantes carruajes, resguardado del frio por magníficos abrigos, luciendo costosas pieles; y por último, va á hacer ostentacion de esa acumulada fortuna, de ese atavío brillante al bien decorado palco de un teatro.

Esa es la sociedad elegante: mejor dicho, la clase rica, pues la clase media no puede disfrutar de esa molición, y solo atiende á las primeras y más indispensables necesidades de la vida.

Mas ¡qué decir ahora de la clase pobre, de esa clase que mendiga, cuyo bosquejo fué nuestro solo objeto al trazar estas desarregladas líneas? ¿Cómo podrá enjugar sus lágrimas el rico, si desde el pedestal de la fortuna no se ve el foco de la miseria? Es tan repugnante su vista, molesta tanto su aspecto, que es preciso descender por un momento la imaginacion forzosamente á la choza del pobre, y estudie aunque sea en bosquejo su indigencia, para comprenderla.

El círculo en que gira la clase media, está más en contacto con el del pobre, y por eso debe ser el intérprete de sus lágrimas para con el rico, ya que no puede enjugarlas por completo. Si: él es mil veces testigo de esos cuadros desoladores que con harta frecuencia se repiten



1109

EL CORREO DE LA MODA

Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II 3.

Ayuntamiento de Madrid

ante su vista. Por más que estremezca solo el recordarlo, presentaremos en cortas líneas el aspecto desgarrador que ofrece la vivienda del mendigo. Agregad que esta escena se ofrezca en una fría y tempestuosa noche del mes de Diciembre. El viento con un zumbido que infunde temor, amenaza sepultar entre los escombros de la casa á sus pobres moradores; la lluvia que cae á torrentes azota los cristales de las ventanas, penetrando por los huecos donde ya no los hay; el relámpago precursor del terrible estampido ilumina con su rápida luz los macilentos semblantes de los hijos de la miseria; pero en ese momento angustioso, la más santa resignación se observa en los que ocupan esa morada mezquina, húmeda y triste, situada al interior de un sùcio patio, ó en tal altura, que apenas se divisa más que el horizonte.

Su interior se compone de unas sillas viejas, una mesa en igual estado, y en los extremos de la sala colocadas dos miserables camas, tal vez sin sábanas, acaso sin mantas con que resguardarse del frío y teniendo por toda base unos trozos de estera.

Los infelices seres que han de ocupar esos pobres lechos, son una anciana, su hija y dos tiernas criaturas, que en su inocencia no conocen toda la fuerza de su desventura. La anciana en ese andrajoso lecho conciliará el sueño algunas horas para olvidar si puede durante ellas el constante sufrimiento de su vida. Sus nietecillos dormirán entre los harapos del suyo con ese tranquilo sueño del inocente que no comprende la mano bienhechora ó adversa de la fortuna; su madre al colocarlos en esa cama, alzará con ellos una plegaria por el padre que ya no existe, y después de besar la pura frente de esos ángeles, colocada al pié de la mesa y delante de una débil luz, pasará las horas lentas de la noche como pasó las del día, es decir, trabajando para ganar con sus manos el sustento de esos tres seres que confió á su cuidado el deber de hija, el amor de madre....

Imposible es, sin derramar lágrimas, recordar esas criaturas cuya vida de infortunio, lenta y tal vez ignorada, se consume en el angustioso círculo de la pobreza, sin traspasar los dinteles que alejan de la virtud. En su frente se marca la aureola del que cree; en sus labios la oración del cristiano; en su corazón habita la santa esperanza de que la caridad vaya á endulzar su amarga existencia.

Justo es que vosotros, hijos halagados por la fortuna, goceis en vuestros suntuosos salones de esa espléndida suerte legada tal vez por vuestros mayores, alcanzada por vuestro valor en los campos de batalla, ó ganada por vuestro talento en el templo de las ciencias y de las artes; pero justo es también que en medio de ese bienestar, consagreis por un momento un recuerdo á los desgraciados que sufren. Que recojais las migajas que sobran de vuestra mesa, para calmar con ellas el hambre del mendigo; que enviéis los deshechos de vuestras alfombras al pobre anciano que perece de frío; que mandéis el rescoldo de vuestras estufas á la infeliz que aterida pasa las noches en vela, para alcanzar un pedazo de pan que llevar á su boca; y el despojo de vuestros vestidos, para cubrir la desnudez del inocente que al venir al mundo no halla más que lágrimas en cuanto le rodea.

En vuestro corazón sentireis entonces la satisfacción que experimenta todo aquel que en las acciones de su vida cumple este sagrado lema del Martir Redentor: "Amaos los unos á los otros, amaos como hermanos."

EMILIA CALÉ DE QUINTERO.

Madrid 27 de Diciembre de 1873.

RETROCEDER A TIEMPO.

(Continuación).

De aquella pareja se desprendía un dulcísimo perfume de plácida felicidad, y me fuí acercando insensiblemente á ellos; ella, que me había parecido hermosa de lejos me pareció de cerca divina, con su distinguida sencillez: un poco más lejos se veía una pequeña y encantadora casa de campo, indudablemente, pensé, ese es el nido de estos dos tórtolos: olvidé al momento mis ideas de arrepentimiento, y miré con curiosidad al dichoso ídolo de aquella bella sirena; al fijar en él mis ojos, tuve que morder el pañuelo para ahogar un grito de sorpresa. Aquel hombre que con tan tranquilo aspecto contemplaba con con pueril alegría el movimiento del río, había sido durante mucho tiempo el alma de nuestras orgías, el primer taur de nuestro círculo, el más terrible galán; había desaparecido de repente sin dejar rastro tras sí. Comprendí desde luego que aquella no era una mujer vulgar, que no era su amante, sino su feliz esposa, y sin saber lo que hacía, me oculté detrás de ellos, ansioso de oír algo que me explicara el cambio de aquel hombre. La joven se cansó sin duda de la inmovilidad de su ama-

do, y murmuró oprimiendo con sus delicadas manos el brazo de él y con un acento dulce como el susurro de la brisa, armonioso como un canto divino.

—Carlos, mi amado Carlos, ¿qué tienes que tan pensativo estás? ¿por qué no fijas en los míos tus ojos y bajas la cabeza: te cansa mi compañía, mi esposo idolatrado?

El, que había levantado su expresivo rostro al oír las palabras de su esposa, exclamó con el mismo acento de cariño:

—Mi dulce María! tu compañía cansarme? no, vida mía, es que al fijar mi vista en esta mansa corriente, mi pensamiento corría al par que ella, y pensaba que cual estas tranquilas aguas, levanta y agita el aire de la tormenta, convirtiéndolas en devastador torrente que arrasa cuanto á su paso se opone, hasta que la voluntad divina contiene la tormenta; así el ángel malo enciende nuestras pasiones, pasiones que impulsadas por él, devastan cuanto ven y marchan sin cesar sembrando por doquier la muerte y la deshonra, hasta que Dios las detiene por medio de un ángel que reviste casi siempre de las formas de la mujer, ese ángel has sido tú, María: pensaba al ver la blanca espuma que mis piedras levantaban en el agua antes de sepultarse en ellas, que así las pasiones bastardas levantan en el corazón un sentimiento de alegría que luego se sepulta para siempre en nuestra alma, convertido en roedor remordimiento: meditaba al ver la rapidez con que el río pasa por delante de nosotros, que tan breve es nuestro paso por la tierra, y que somos unos insensatos al comprometer por los ligeros placeres de esta efímera vida, nuestra dicha eterna en ese más allá, cuyo dintel guarda el misterio augusto de la tumba; estas reflexiones me las arrancaba, esposa mía, el recuerdo de mi vida pasada, he sido tan criminal, había tan por completo olvidado la existencia de un Dios de justicia, que ahora, al ver que me ha tendido su mano protectora para sacarme de entre el cieno en que me agitaba, no puedo menos de reconocerme con gusto vencido; y al ver al ángel que ha colocado á mi lado para que conduzca mi alma á su salvación, le doy gracias con todas mis fuerzas y proclamo en alta voz su infinito poder.

—Oh, Carlos mío! exclamó con un grito de alegría, qué feliz soy al oírte expresar así. ¿qué importan tus pasados errores, si al fin has comprendido que hay un Dios que por nosotros vela, y desde tu arrepentimiento eres el más bueno de los hombres!

—Sí, procuro ser tan bueno como criminal he sido para que Dios perdone mis extravíos; he sido un miserable, María, para mí no había nada sagrado ni respetable. Oh! si yo pudiera inculcar en la mente de los que el camino que yo he abandonado siguen, las ideas que en la mía se agitan, pronto los convenciera de que el que se obstina en correr ciego por la resbaladiza pendiente del mal, se estrella más tarde ó más temprano en el fondo del abismo, es decir, ó caen en la más repugnante abyección, teniendo por fin el grillete del presidio; ó el criminal suicidio les abre las puertas de la eternidad.

Aquellas palabras fueron dichas con tan sombrío acento, con tal tono de profecía, que me estremecí profundamente; la historia de aquel hombre era la mía, sus palabras se clavaban directamente en mi corazón; mi estremecimiento agitó las hojas del árbol en que, sin fuerzas hacia rato me apoyaba, y los jóvenes volvieron con viveza la cabeza, arrojando ella un pequeño grito de sorpresa.

Yo me acerqué confuso, haciendo un torpe saludo; él se levantó, cubriendo su frente la sombra del disgusto, me había reconocido.

—Amigo mío, dijo estrechando mi mano, dispense usted si mi recibimiento ha sido frío, V. me recuerda el pasado, que con toda el alma quisiera olvidar; V. representa para mí el ayer; pero á pesar de que su presencia ha turbado por un momento mi dicha, he tenido una satisfacción al ver á V. en nuestro pobre retiro.

Yo estaba agitado, conmovido, veía en aquel extraño encuentro la mano de Dios, y solo pude murmurar, fijo en mi idea:

—Su variación me asemeja, amigo mío, lo ví á V. la última vez en los centros del vicio, haciendo alardes de excepticismo, y lo encuentro á V. hoy filosofando á la orilla del río, alabando á Dios y proclamando la virtud; agradecería á V. me hiciera conocer el incidente que tan grande variación ha producido, tal vez me sirva de provecho.

—Con mucho gusto lo haré, yo quisiera que el mundo todo viera mi vida pasada, mi felicidad presente, y mi ejemplo hiciera á los que en mi caso se encuentran, amar el bien, aborrecer el mal.

A una indicación suya nos sentamos en la verde yerba, y después de dirigir yo un cumplido á la bella joven, dijo su esposo.

—No necesito relatar punto por punto mi fatal carrera, V. la conoce bien, nos hemos encontrado muchas ve-

ces en el centro de la corrupción y los ficticios placeres; para ser más breve solo describiré á grandes rasgos los sucesos más importantes de mi vida, de ellos podrá usted aprender algo. Dotado de un temperamento de fuego, y de una imaginación viva é irreflexiva y de un carácter vehemente hasta el delirio, creí encontrar en los placeres y el desorden, la felicidad eterna, y como tantos otros me arrojé ébrio de ventura en los brazos del vicio, pero sus halagos, aunque embriagan, al fin hastían, y yo que había vivido veinte años en uno; yo que había gastado en este tiempo mis bellas ilusiones, ilusiones que quería guardar toda mi vida como un tesoro sagrado, me encontré sin creencias, sin sentimientos, casi sin una idea, porque mi inteligencia estaba embotada; me encontré con el alma helada y el corazón vacío; yo era creyente y me ví escéptico, me era imposible creer en la virtud con las pruebas de corrupción que había recibido; porque me había visto rodeado de criaturas perdidas, creí, ¡pobre loco! que la virtud solo existía en la mente acalorada de unos cuantos visionarios; yo era impresionable y me volví insensible; oh! mi ser había sufrido una completa transformación y al verme abandonado de todo sentimiento noble, me hice criminal siendo en el fondo bueno. Quise buscar nuevas emociones que agitaran mi alma convertida en hielo, que animaran con la fuerza de la fiebre mis amortiguados placeres, me entregué al juego; allí encontré las fuertes emociones que buscaba, y como el hombre que apura con delicia un veneno que ha de sostener sus fuerzas físicas sin reparar que va abrasando lentamente sus entrañas, y minando su existencia; así yo apuré aprisa la copa embriagadora que el juego me ofrecía; mas mis recursos se agotaron, había perdido mi fortuna, no me detuvo este nuevo obstáculo, ¿es acaso posible detenerse habiendo puesto ya el pié en una resbaladiza pendiente? pues tan difícil es, V. bien lo sabe, volverse atrás habiendo empezado á rodar hacia el abismo, solo la mano de Dios puede hacernos retroceder. Salté por todo, ya no podía vivir sin emociones fuertes, y no teniendo pedí; cuando no encontré quien me dejara, vendí cuanto poseía; me ví al fin despreciado por lo más despreciable de la sociedad, y ciego por el vértigo, dominado por la fiebre que se apodera del que en el fango se arrastra, me convertí en ladrón de los inocentes que á nuestro centro odioso eran conducidos, y más tarde.... falsifiqué, oh! no se asuste V. caballero, esta es la invARIABLE marcha del que se arroja en ese mundo de cieno que envenena el alma: se descubrió mi crimen, y huyendo de la justicia humana me oculte, sin pensar que de la de Dios no podía nada librarme: me ví perdido y recurrí á la suprema resolución del culpable, al suicidio; no os asombre, es la fatal lógica del que todo lo ha perdido, el último crimen para coronar los otros.

ADELA SANCHEZ DE CANTOS.

(Se continuará).

INQUIETUD DEL ALMA.

Quiero rezar, Dios mío!
Que su terrible garra,
La fúnebre tristeza
Hunde en mi corazón con furia insana.

—
En mis labios, la risa
No encuentra su morada,
Y mis serenos ojos
Se cubren con el velo de las lágrimas.

—
Negro lo veo todo,
Turbia la fuente clara,
Sombrio el Universo,
Y abrasadora sed tengo en el alma.

—
En tempestad deshecha
Se mezclan sobrehumanas,
Dentro de mi cerebro
Roncas voces que gimen azoradas.

—
Si duermo, no reposo,
Porque mi sueño amargan
Fantásticas visiones,
Que golpean mi frente con sus alas.

—
¡Señor, tu excelsa mano
Estiende soberana,
Y esta tormenta loca
Enfrena prepotente y avasalla!

—
¡Señor, no me abandones!
Mi plácida ignorancia
Conserva y me devuelve
La paz que en otro tiempo disfrutaba!



5. Traje de cachemir y terciopelo. 6. Vestido bullonado y sombrero Gabriela. 7. Vestido de cachemir con paletot. 8. Vestido con túnica y sombrero Nilon. 9. Traje con pieles y sombrero Carlota Corday. 10. Vestido con paletot y sombrero diadema. 11. Traje con chaqueta y sombrero Toque. 12. Traje con cinturón echarpe. 13. Traje con túnica y sombrero Rabagas. 14. Traje con chaqueta húsar. 15. Traje rico para sociedad. 16. Vestido con túnica y sombrero marinero. 17. Traje de faya y sombrero Lamballe. 18. Vestido con paletot corto y sombrero de fieltro. 19. Vestido con esclavina y sombrero diadema.

5 A 19. TRAJES DE OALLA Y SALON.

Ayuntamiento de Madrid

Señor, yo sé que en esta
Enfermedad extraña,
Tú me darás consuelo
Y á tu trono, levanto la mirada.

Cual bálsamo suave
Para sangrientas llagas,
Tú la oración nos diste,
Y férvida hasta tí quiero elevarla.

Vuelva, pues, á mis labios;
Porque de tí olvidada,
En la arena del mundo,
Loca he fundado mis quimeras vanas.

La arena llevó el viento
Burlando mi ignorancia,
Y en medio la llanura,
Atónita quedé y desamparada.

Y allí, trémula, inmóvil
Y yerta, vi pasaban
Envueltas en sudarios
Mis queridas y bellas esperanzas.

Miré entre negras nubes,
Que turbio se ocultaba,
Quizás ay! para siempre
El espléndido sol de la mañana.

Toqué en torno el vacío...
La luna pura y casta,
No brillaba en el cielo,
Y el trueno estremecía las montañas.

Caí yerta de espanto,
Y fueron deshojadas
En mi larga congoja,
Las flores que mi frente coronaban.

De entonces, mi alma enferma
Quedó: ¡ven á curarla;
Sin tí me hallo perdida:
Si me guía tu amor estoy salvada!

Ante tu imagen llevo
de pena anonadada;
El mar de mis dolores
Oh padre mio! compasivo calma.

Ah! sí, piedad Dios mio!
Si algún día fui ingrata,
A tu redil me vuelvo
Como pobre ovejilla descarriada.

Tú eres fuerte, yo débil:
Tu mano soberana
Posa en mi frente triste,
Y triunfante saldré de la batalla.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

MADRIGAL.

A. M. C.

Tomé un día una flor, y en su capullo
iba un suspiro de mi pecho amante,
y al querer conservarla entre mis manos
se marchitó al instante.

A tí te la entregué lleno de anhelo,
y al retenerla entre tu mano asida,
el suspiro de tu alma la dió vida.

BERNARDO APARICIO.

ANGELA.

(Continuación).

VII.

Como á unas tres leguas de Tarazona, y media de Agreda, y sobre una cumbre que domina un horizonte dilatado, se eleva un castillo formidable, terror de los habitantes del vecino pueblo.

Serian sobre las once de la noche cuando dos caballeros cubiertos de bruñido acero daban recios golpes en la colosal puerta de aquella fortaleza, ora con el pesado aldabon, ora con el extremo de su maza de armas.

Fuese por la espesa lluvia que caía ó por la urgencia de algun asunto de la más alta importancia, es lo cierto que desesperaban nuestros caballeros de la pereza con que el centinela y guardias de la fortaleza ejercieran sus funciones.

Por fin cayeron con estrépito las cadenas del puente levadizo que comunicaba con el recinto y atravesaba el foso, y la pesada puerta rechinando sobre sus goznes, abrió paso á los desconocidos, que echando pié á tierra entregaron las riendas de sus caballos á dos escuderos que se apresuraron á recibirlos.

Guardando siempre el incógnito, é internándose en el castillo como quien tiene la ordinaria costumbre de habitarlo, cruzaron varias salas, galerías y salones hasta que en uno de estos últimos, el que parecia de más edad dirigiéndose á dos pajes que con algun recelo les precedían.

—Podeis retiraros, les dijo; somos de la partida del muy alto y poderoso señor Conde, vuestro amo, que cambiando de camino por creerlo así más oportuno á sus fines particulares, nos mandó tomar la delantera por un atajo poco conocido, y esperamos sus órdenes, y dicho esto, con una significativa mirada les despidió. Los pajes se inclinaron y desaparecieron.

Una vez solos nuestros encubiertos, miráronse frente á frente.

—Era preciso hacerlo así para alejar toda sospecha, murmuró el que parecia de más edad; y como si un mismo dolor, dolor profundo, embargara todos sus pensamientos, ámbos cruzados de brazos median á largos pasos la estancia en el más profundo silencio.

El salon circular, revestido de seda color de cielo, era magestuoso y capaz; le rodeaba una línea tambien circular de columnas que dejaban entre ellas y las paredes una galería de regulares proporciones. El techo sembrado de estrellas de oro sobre fondo azul, el pavimento de colores variados y un friso lleno de bajos relieves atestiguaban la grandeza y poderío de aquel señor feudal.

Cuán horribles historias cuentan los sencillos campesinos, allá en sus humildes cabañas, al amor de la lumbre sucedidas en aquella inexpugnable fortaleza!

VIII.

La noche en que tienen lugar los hechos que vamos narrando, dos escuderos platicaban largamente, mezclando de vez en cuando el nombre de su señor.

—Juan, decia el de más edad á su joven compañero, robusto y bien formado.

No puedo seguir así por más tiempo. He tomado mi resolución. María es mi prometida... mañana al despuntar la aurora pido mi soldada, me caso y á buen vivir.

El cielo compadecido acaso, ha despertado mi conciencia tanto tiempo adormecida; y allá, á altas horas de la noche, huyendo el sueño de mis ojos, sobresaltado, como si me sintiese herido en el corazon por la aguda punta de un puñal, me estremezco, y trémulo y azorado, llevo rápidamente las manos al pecho!... ¡y nada, todo es una horrible pesadilla! y un ay de dolor profundo dejó escapar de su pecho.

Mas repuesto un poco, continuó:

—¡Juan, es el dedo de Dios que toca mi corazon para hacerme sentir y llorar la vida llena de tristes aventuras que lleva nuestro amo y poderoso señor, que no respeta casada ni doncella! La honra de nuestras madres de ayer, de nuestras hermanas de hoy y de nuestras hijas de mañana! y somos sus cómplices!

Y ámbos enjugaron con el anverso de la mano una lágrima que brotaba de sus ojos.

—Me has hecho llorar, Andrés. A mi vez te digo que me encuentro animado de tus mismos sentimientos, y á Bernardo, Roman, Tobías y otros les he oido reflexionar poco más ó menos lo mismo que tú, mi amigo Andrés.

—Y aún hay más, prosigue Andrés.

Esta noche se espera á una alta y poderosa dama de Turíaro, que más que doncella diz que por su candor, su belleza y sus virtudes es una santa... ¡y nuestro amo y señor la arrebató á sus padres!... Juan, no puedo sufrir tanta vergüenza; tanta villanía no cabe en un pecho noble y generoso... no puede ser, mañana pido mi licencia.

—Andrés!

—Qué?

—Oigo ruido. El puente, el rastrillo...

—No hay cuidado.

—Es que el centinela de la avanzada dió la señal...

—Pues á nuestros puestos, Juan.

—Andrés, á nuestros puestos.

—Mañana al rayar la aurora nos veremos aquí?

—Nos veremos, Juan.

Y ámbos desaparecieron.

IX.

No se habian equivocado nuestros escuderos. El fiero guerrero dando órdenes severas á pajes y soldados, subia lentamente las escaleras de mármol, vestidas de rica alfombra, llevando en sus nervudos brazos á la inocente Angela que yacia desvanecida.

Cruzando galerías y salones penetra por último, donde quedáran los dos misteriosos caballeros, y con exquisito

cuidado, sobre un precioso divan forrado de oro y pedrería, coloca á nuestra bella doncella, á tiempo que esta, como despertando de una horrible pesadilla, tiende una vaga mirada en derredor; despues elevando al cielo sus ojos, y elevando los brazos con una gracia encantadora, parecia implorar su proteccion.

—Dios mio, madre mia, padre mio, Enrique!... y un raudal de lágrimas anubló sus ojos.

La detonacion del trueno la saca de aquella especie de letargo. Levántase horrorizada y se dispone á huir, pero en el mismo instante el infame raptor se presenta ante sus ojos.

A su vista retrocede Angela algunos pasos, toda temblorosa, mas una idea ha pasado por su mente, se detiene y permanece inmóvil como si tratara de reconocer al encubierto.

Adivinando acaso este sus deseos, se adelanta precipitadamente, la toma una mano, no obstante su resistencia, y soltando el antifaz y presentándole el rostro:

—Mírame, la dice.

Angela se estremeció. Aquel era, en efecto, el gallardo paladin que tanto la habia cautivado, por quien habia acogido con tibieza el amor del noble Enrique, pero estaba completamente transformado. El fuego de las pasiones turbulentas brillaba en sus ojos, y su actitud era cínica y aterradora.

—Y qué queréis de mí? se atrevió á balbucear la joven.

—No lo adivináis?

—Qué decís?

—No lo habeis adivinado?

—Explicaos.

—Cuando os ví por vez primera, exclama con entusiasmo el Conde, allá en el palacio de vuestro rey, oh! bella, la más bella de las sultanas de Occidente, la más hermosa y resplandeciente que el cielo pudo crear, ¡creéis haya podido ser indiferente á vuestros deslumbrantes atractivos? Ah! no. Vuestra imagen no se apartó jamás de mi pensamiento.

Nada responde la inocente Angela. Su fisonomía modesta y cándida expresa el temor, imagina acaso un peligro que apenas conoce, y sus ojos derraman abundantes lágrimas. Tal es su actitud ante el feroz guerrero, y la idea de alejarse de aquel sitio ocupa toda su atencion. Las anteriores palabras, insolentes y atrevidas, lejos de conmover dulcemente su alma, lejos de corresponder á la bella ilusion que se habia forjado, la han producido un desencanto horrible, y con paso firme, la frente erguida, radiante de magestad, arroja una mirada de desprecio sobre él y se dirige á la puerta para ausentarse.

El terrible Conde frunciendo el ceño y dando á su semblante un aspecto fiero, la intercepta el paso y la agarra del brazo con brutal violencia, mas en el mismo instante un ruido extraño le deja como petrificado y mudo de terror; un sudor frio baña su pálida frente; aguijoneado por el mismo terror, esclama con voz de trueno.

—¡Angela, os amo con frenesí, y es preciso que esta noche seas mia!

¡Ah, no es aquel, no, el noble paladin con quien tanto la cándida doncella habia soñado! Su belleza es la belleza del réprobo, y la pobre niña aterrada grita con voz suplicante:

—Dios mio! tened compasion de mí... ¡No ois como zumba el trueno? como rugen los huracanes? ¡No teméis la cólera del cielo? Os atreveríais á cometer un crimen?

—¡Fuera vanas palabras, interrumpe con furor el caudillo! Qué son para mí, cielo, truenos y maldiciones? palabras vacías de sentido, humo que se pierde en el espacio.

Y no pudo acabar; como llovido del cielo, un guerrero cubierto de bruñido acero, se interpone entre los dos.

Entre la virtud y el vicio.

—Enrique! ha exclamado la doncella.

Una horrible imprecacion ha salido de los labios del Conde, que ha hecho resonar las bóvedas del castillo. Palidece de cólera, y su encono es por momentos más visible. Airado el semblante y el ademan soberbio, blandiendo en la diestra su formidable daga; muere, le dice, abalanzándose sobre su enemigo.

Angela ha lanzado un grito doloroso, cayendo desmayada, á tiempo que de entre las sombras proyectadas por las columnas aparece su padre y la recibe en sus brazos.

Pero ah! el arma homicida, en el momento en que el feroz caudillo cree hundirla en el pecho de Enrique, ha saltado hecha pedazos por el pavimento. Está ileso y corre al lado de su prometida.

—Angela! esclama con trasporte.

—Hija del alma! balbucea el anciano.

Y Angela en brazos de uno y otro, bañado el rostro de lágrimas, da gracias á la Providencia, y olvida el grave riesgo que ha corrido embriagada con el placer presente.

(Se continuará.)

FRANCISCO GUERRERO Y GARCIA.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

—Quién reza por mí? murmuró éste, incorporándose repentinamente sobre el lecho. ¡Voy ya á morir, que me rezan las postreras oraciones! Mejor! repuso luego con tono lúgubre, tanto mejor!

Se tendió de nuevo, y se volvió hacia la pared.

Marta, avergonzada y confusa, se abalanzó hacia una mesita llena de frascos y de vasos, vertió en uno de estos la medicina prescrita por el médico, y se acercó al enfermo, diciéndole con dulzura:

—Oh, no tema V.! ¡Gracias á Dios no pelagra su existencia! ¡Es costumbre mia el rezar y rezar por los que sufren!

Pablo se sonrió con desden, pero no respondió.

—Deje V. que le ahueque un poco la almohada, repuso Marta, despues que el enfermo hubo bebido.

—Pues qué ¿no hay criadas en casa? exclamó éste con impaciencia; ha de ser V., V. siempre!...

—Tienen tanto que hacer!

—Y tan poca voluntad!

—Oh, no! no es eso, estoy segura de que no es eso!

—Como no pueden esperar una grande recompensa!

—Me parece que hace V. un agravio pensando así, á la buena María Juana y á Diego, que tanto se aflijan al verle á V. padecer!...

Pablo por esta vez tambien se contentó con sonreír de una manera irónica y amarga.

Marta no quiso continuar la discusion: encendió una lámpara colgada delante de una imagen de la Virgen de las Misericordias, y á sus reflejos prosiguió su tarea.

Al cabo de una hora se levantó de nuevo, y de nuevo fué á ofrecer á Pablo la medicina.

—Ha dormido V? le dijo; ¿se encuentra V. más tranquilo?

—Quisiera que me dejasen en paz, ¡quisiera que me dejasen solo!... exclamó Pablo con un ligero temblor en la voz.

—Pero esto no es posible!

—Dónde está mi tia?

—Descansa, procure V. tambien descansar.

—¿Puedo hallar el descanso estando V. ahí, siempre ahí?...

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de malhumor tan ofensivo, que la pobre Marta sintió que se le destrozaba el alma.

Porque en efecto, Pablo la trataba con un desvío marcado, pero tan creciente, que iba ya tocando en aversion.

—Si le desagradá á V. mi presencia, me retiraré, balbuceó la pobre niña.

Y viendo que Pablo no respondía, recogió silenciosamente las flores, y se dirigió á la puerta.

Pero retrocedió algunos pasos.

—Ya me voy, dijo con humilde tono, pero me voy con pena, porque siento haberle desagradado.

Pablo se volvió rápidamente hacia ella, y prorumpió en sollozos.

Era la primera vez que lloraba; que Marta le veía llorar.

—Por Dios, por Dios! exclamó con las manos juntas; tranquilícese V., me voy....

Llegó azorada al dintel de la puerta, la abrió, y se detuvo; le pareció que Pablo la había llamado.

En efecto: este exclamaba en medio de sus sollozos:

—Marta, Marta, vuelva V!...

La pobre niña se acercó trémula y confusa.

Entonces Pablo la cogió convulsivamente de la mano, y prosiguió con tono delirante señalando á su frente y á su corazón:

—¡Ah, V. no sabe, nadie sabe, nadie comprende lo que pasa aquí y aquí!... Sufro tanto!...

Marta, si V. viese claramente el disco del sol, y todos se empeñaran, ya con discursos, ya con acciones, en quererle demostrar que el sol no existe, ¿no se impacientaría V? ¿No se ensoberbecería V. contra los que quisieran hacerle pasar por estúpido y por loco? Mi tio Eusebio con sus razones, quiere demostrarme que el bien existe; usted quiere demostrármelo aparentando una conducta evangélica, y yo sé que esto es una paradoja, una quimera, que ese soñado bien no se halla sobre la tierra, no, no!...

Lo que están VV. representando, es una innoble comedia para deslumbrarme. Es imposible, de todo punto imposible, que V. que no me conoce, que no me ama, sacrifique su vida, sus placeres, su bienestar, que sufra usted con tan admirable paciencia mis impertinencias, mis sinrazones, mi dureza!...

Algo la habrán á V. prometido para que desempeñe este papel conmigo!... Pero qué es esto? Su mano de V. tembla, y se va quedando fria entre las mías!...

—Ah, señor! exclamó Marta llorando; ¡ah, señor; no comprendo, y sin embargo, cuanto V. me dice, me hace daño!... A mí nadie me ha hablado, nadie me ha

prometido nada; no tengo interés alguno en lo que hago, y no sé qué es lo que hago que pueda á V. parecerle tan extraño.

Yo no le conocía á V., yo no podía quererle; pero ¡acaso se quiere al mendigo que pasa por la calle y nos pide una limosna, cuando le damos quizás el único real que poseemos?

—Y quién hace eso?

—Yo! cualquiera! Llegué á esta casa en el mismo instante en que su mal de V. se había agravado, vi que su pobre tia estaba agoviada por los años y el dolor, que las criadas sucumbían á la fatiga de una enfermedad larga y penosa, la caridad me impulsó á sentarme á la cabecera de su lecho, y lo hice, y seguí haciéndolo con todo el fervor, con toda la sinceridad de mi alma!...

—Quizás sea V. la excepcion de la regla, quizás sea V. la única en su especie, murmuró Pablo pensativo.

—No, no! exclamó Marta con vehemencia; yo practico lo que he visto practicar desde mi infancia por cuantos me rodeaban!

Pablo, prosiguió mudando de tono, me figuro que V. debe haber sido muy desgraciado, que algun desengaño muy horrible debe haber torturado su alma!... ¿No es verdad?... Oh, sí!... es verdad!... Pero procure V. apartar de su memoria ese recuerdo, y evocar el recuerdo de los años anteriores. Piense V. en los apacibles dias de su infancia, en los compañeros de sus juegos, y hasta en sus ovejas que balan en las laderas, hasta en los dorados pececillos que volteam en su estanque.... V. desgraciadamente no lo vé, pero sabe, porque se lo han dicho delante de mí, que sus ovejas le conocen, y cuando vuelven del pasto, le rodean demostrando su alegría con sus balidos y con sus saltos; que se arremolinan los peces, y le siguen cuando V. bordea el estanque. Y esto por qué? Porque alguna vez se ha entretenido en arrojar bolitas de pan á los unes y en prodigar caricias á las otras. ¡Ah, ellos no han olvidado sus beneficios, y le guardan su cariño!... Ellos aman! ¡Y no será capaz de amar el hombre dotado de razon y de alma inmortal, esencia del alma del Creador Supremo? ¡Esto sí que sería absurdo, quimera, paradoja!... Pero V., V. mismo antes de esa época fatal, ¿no sintió germinar en su corazón cuantos sentimientos puros y bellos embriagan el alma y la acercan á la divinidad!...

—Oh, sí! yo era bueno!

—¡Y tendrá V. el orgullo de creer que era el único en su especie!...

—Yo era bueno! prosiguió Pablo tras un momento de silencio. Aun recuerdo con qué afán guardaba mi merienda para repartirla entre mis compañeritos pobres, que no poseían como yo árboles cargados de sabrosos frutos; con qué anhelo guardaba mi dinero para dárselo á los mendigos, agrupados el domingo á las puertas de la iglesia. Recuerdo que una vez me pidió limosna un peregrino: yo no tenía nada que darle; corrí á casa, le supliqué á mi tia que me anticipase algunos cuartos de los que debía darme en el próximo domingo, y volví á la iglesia palpitando de noble gozo, y depuse mi ofrenda en las trémulas manos del anciano! Querrá V. creerlo? Seis meses despues recibí esa estampa que está ahí de la Virgen de las Misericordias. ¡Me la mandaba mi agradecido peregrino!... ¡Pues y cuando quise subirme á un árbol, y caí al estanque! Veinte niños se arrojaron en él, desafiando el peligro.... Uno, el más intrépido, el más amante, se obstinó en salvarme ó en perecer conmigo, y hubiéramos perecido ámbos, si un Labrador no hubiese venido en nuestro socorro, sacándonos sin sentidos, pero abrazados todavía!...

La fisonomía de Pablo había tomado una expresion dulce y apacible: los gratos recuerdos del pasado se agrupaban en su imaginación, volviéndole la calma primitiva.

Apoyó la frente en las dos manos de Marta que tenía entre las suyas, y la jóven las sintió humedecerse con su llanto.

—Oh! si pudiera creer! Oh! si pudiera rezar! murmuró el jóven en voz baja.

—Recemos juntos á la vírgen de las Misericordias! exclamó suavemente Marta.

—No tengo fe, no puedo!...

—¡Pues bien, yo rezaré por V., yo le pediré que le devuelva la fe y la esperanza!...

Y Marta, desasiéndose de él, corrió á postrarse ante la bendita estampa, y empezó á orar con un fervor tal, que Pablo acabó por secundar sus preces en voz baja.

Oh! con qué santo alborozo lo oyó la niña! ¡Con qué inmenso júbilo dió gracias á la Virgen por aquel milagro!

—Yo devolveré la salud á esta alma enferma, pensaba en medio de su entusiasmo; yo aplicaré el balsamo del consuelo á este ulcerado corazón!...

Se levantó, volvió al lado de Pablo.

—Ah! dijo este con tono melancólico, ¡si V. fuera mi prima, si V. fuera un momento de Madrid!

—Hermana en Jesucristo! exclamó Marta. Entonces,

repuso con infantil candidez; ¡ya no me echará V. de su lado!...

Pablo cogió una de sus manos y la puso sobre su corazón, que palpitaba vivamente.

—Hasta ahora no me había V. hablado, dijo; ¡V. no habla como los otros... V. no trata de convencerme!...

Oh! Marta, me ha hecho V. mucho bien, mucho bien! ¡Desde que estoy aquí nunca había gozado un momento de tanta calma como ahora!... No me retire V. su mano! No me deje V.! ¡Me parece que si V. se retirase, volverían las tinieblas ó oscurecer mi espíritu!... ¡A veces conozco que estoy loco!... ¡Si V. supiera mi historia, Marta, si V. supiera todo el horror de mi destino!...

—Y por qué pensar en el pasado?

—Tengo yo acaso porvenir?...

—¡Lo tiene toda criatura que quiere asirse al estandarte del bien y agitarlo con fe santa!...

—Quizás tenga V. razon! dijo Pablo. Y luego añadió en voz baja, quizás... quizás!...

En aquel instante se agitaron violentamente las pasiones que cubrían el balcon; una piedra pasó silbando entre sus hojas y vino á caer junto al lecho.

(Se continuará.)

AGUA NACARADA ORTELLS.

Esta agua hermosa, suaviza y devuelve al cutis su primitiva frescura, y hace desaparecer las pecas, granos y manchas sin perjudicar á la salud.

Modo de usarla. — Extráigase como la tercera parte del agua contenida en el frasco, muévase bien la que queda en el mismo, é inmediatamente se pondrá en un platito la que se desee consumir en uno, dos ó tres dias, devolviendo al frasco la misma agua que se extrajo al principio, y mojando en el líquido contenido en el plato un paño fino de hilo, se pasará suavemente por el rostro ó partes que se desee hermosear. — Los pedidos se harán á D. Juan Ortells, Montera, 21, principal izquierda.

Precio de los frascos: grande, 16 rs., chico, 8.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 3 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Enero, por las señoras D.^a Carmen Monteagudo, de Palencia; D.^a Idefonsa Vivar, de Valladolid; D.^a Adela Almazan, de Pontevedra; D.^a Carlota Ponzano, de Sevilla; D.^a Amalia Menendez, de Santa Cruz de Tenerife; D.^a Virtudes Mergelina de Beltran, de Yecla; D.^a Gervasia Santos, de Burgos; doña Pilar de Aguilar, y doña Carmen Albarrán García Marqués, de Badajoz.

I. — MARAVILLA.

II. — PIPOTE.

Tambien nos han remitido la solucion de la charada PECADORA, inserta en el núm. 1 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Enero; por las Srtas. D.^a Ana Campomanes, de Badajoz, y D.^a Elvira Sanchez, de Tarragona.

CHARADAS.

I.

La prima unida
Con la tercera,
Un femenino
Nombre revelan;
Y si segunda
Es antepuesta,
Un apellido
Las tres completan.
Prima y segunda
Es una mezcla
Con varios nombres
De agua y de tierra.
De allá del Asia
Natural bestia
Salta á los ojos
Con dos y terciá.
En fin, dos, cuatro,
Aunque no quieran,
Siempre en el mundo
Será la reina.
Y ahora sumando
Lo dicho, queda
Tan compendiado
Como se prueba,
Siendo aquí el todo
Sin ser rareza,
Una agradable
Bebida fresca.

31 de Diciembre 1873.

JERÓNIMO COUDER.

II.

Mi prima y terciá tienen
Todas las aves,
Y prima es una letra
De las vocales.
Prima terciá y segunda
Es pueblecillo
Notable, y por sus baños
Favorecido
De tal manera,
Que á millares la gente
Va placentera.
En la cuarta y primera
Es delicioso,
De la débil corriente
Seguir el curso.
La quinta por sí sola,
No expresa nada;
Pero si la repites,
El nombre hallas.
De América una fruta
Muy estimada.
De lo ya arriba dicho
Resulta el todo,
De España un soberano
Rey de los godos. — ANTONIO MARTINEZ.

CORRESPONDENCIA.

A. C.—*Barcelona*.—Las pieles manchadas se limpian muy fácilmente: después de espolvorearlas con greda, se pone encima una plancha templada y se las oprime durante algunos segundos. Si la plancha estuviese muy caliente perderían el brillo. Mil gracias por sus elogios.

Una suscritora. — En esta época del año, en que se multiplican los pedidos de suscripciones y los encargos de todas clases, es muy fácil una distracción ó un olvido. Rogamos á V. que nos perdone, y al mismo tiempo se lo rogamos encarecidamente á todas aquellas señoras á quienes hubiésemos faltado por el mismo estilo sin saberlo, pues nuestro deseo más vivo y más constante, es agradarlas y complacerlas.

La quinta de las Acacias.—Su idea nos parece excelente. Con sumo gusto enviaremos un número de muestra á todas sus amigas que estén en disposición de suscribirse al CORREO DE LA MODA. Este medio es efectivamente el mejor para que las señoras suscriptoras hagan la propaganda de un periódico, cuya única y exclusiva misión, es la de serlas útil, tanto material como espiritualmente.

Ojalá que todas las señoras, y así se lo rogamos nosotros encarecidamente, secunden su pensamiento, y nos manden una lista de sus amigas, á quienes, como hemos dicho, enviaremos al instante, y con sumo placer, un número de muestra.

L. O.—*Valencia*.—Hé aquí dos buenas recetas para prevenir ó curar las grietas abiertas en el cutis por el rudo invierno:

POMADA PARA LAS MANOS.

Médula de vaca.	20 gramos.
Grasa de riñones de vaca. .	40
Miel.	10
Aceite de almendras dulces. .	10
Alcanfor.	1

POMADA PARA LOS LABIOS.

Cera blanca.	20 gramos.
Tanino.	2
Manteca de cacao.	20
Aceite de almendras dulces. .	100
Agua de azahar.	50
Carmin.	50 centigs.
Esencia de rosa.	10 gotas.

La primera se prepara haciendo derretir todas las sustancias en el baño María, revolviéndolas con una cuchara de palo. Se usa, estendiendo una pepueña capa de pomada sobre la mano, que se cubre con un guante de piel. También cura los sabañones.

Del mismo modo se prepara la segunda, con la cual deben un-



20. Abanico de flores. (Véase el núm. 21).



21. Armadura para el abanico núm. 20.



22. Vestido con túnica. (Véase el núm. 23).



23. Vestido con túnica. (Véase el núm. 22).

tarse los labios muchas veces al día. Aconsejamos su uso en todo tiempo, pues suaviza el cutis de una manera admirable.

Junto á las nubes. — No sabe V. cuánto halagan sus alabanzas, más á nuestro corazón que á nuestro amor propio. La agradecemos infinito cuanto hace en favor de su periódico querido, como V. le llama. Si quiere V. un corsé bueno y que no perjudique á su salud, en el estado en que se halla, dirijase V. á M^{de}. Grand, plaza de Celenque, núm. 1, Madrid, que no tiene rival en esta clase de obra.

Si quiere V. un peinado elegante y sencillo, dirijase V. igualmente á la Directora de la *Peluquería universal*, plaza de Topete, núm. 15, Madrid, y quedará complacida.

Explicación del Figurin 1109.

Fig. 1.—*Elegantísimo traje de baile*. — Vestido de faya rosa sin ningún adorno, tanto la primera falda como la túnica-manto, recojida en los costados con un ramo de flores. Tres tiras de tarlatana bullonadas, guarnecidas con un volante de tarlatana sujeto con un biés rosa, y realzadas con un ramo de flores, forman el delantero. Un volante de tarlatana unido á una guarnición de muselina bordada, oculta la union con biés rosa, constituye la berta, cerrada por delante con una rosa y ramos en los hombros. Collar de brillantes y lazo rosa en el cabello.

Fig. 2.—*Traje de sociedad para niña*. — Vestido de tarlatana blanca tableada, con volante de picos ribeteados de faya azul en el bajo. Túnica-coriño azul de grandes picos, toda guarnecida con ruche y rosetas azules. Botas azules y lazo azul en el cabello.

Fig. 3.—*Traje para visitas*. — Vestido de faya verde con ancho tableado en el centro de la falda, orillado por ambos lados con un volante, dividido en dos por un biés de terciopelo negro. Una echarpe igual anudada debajo del pouf sirve para sostenerlo. Paletot de terciopelo negro adornado de piel, sombrero de terciopelo negro, adornado con pluma negra y lazos de terciopelo verde y negro.

Fig. 4.—*Traje para jovencita*. — Delantero de la falda de seda maíz, tableado en el bajo, y encima un hallon entre dos terciopelos y dos guarniciones blancas. Túnica habana con el delantero adornado de terciopelo castaño y guarnición blanca. Un terciopelo formando óvalos orillados con la misma guarnición, y terminados con lazos rosa, une el delantero á los paños de atrás. Vueltas de las mangas maíz, y cuello blanco cerrado con lazo rosa.

CORREO DE LA MODA.

2 de Febrero de 1874.
DIBUJOS PARA BORDADOS.

DERECHO.

- Núm. 1.—Esquina de pañuelo, bordado al pasado, cordoncillo y calados.
Núm. 2.—Ángulo de tapete, bordado de Strasburgo; se pone la tela doble en donde haya una cruz, recortando la tela superior; al se quiere destinario para sábanas, en donde hay cruz se hace un calado.
Núm. 3.—Cenefa bordada á souché ó cadeneta, para adornar trajes; en particular trajecitos de niños.
Núm. 4.—Bordado para zapaticos. Se borda al pasado sobre paño ó terciopelo, con sedas ó lanas de colores vivos.
Núm. 5.—Palma para cortinajes. Bordado con trenzilla. También puede bordarse con trenzilla y las flores de crochet.
Núm. 6.—Tarjetero ó carterita. Bordado ruso y puntos largos sobre piel de Rusia gris ó Habana, con sedas de colores vivos.
Núm. 7.—Fuelle para limpia-plumas, bordado sobre paño verde. Las florecitas consisten en aplicaciones de paño blanco, sujetas con cordoncillo correa á feston flojo y puntos largos.
Núm. 8.—Cenefa bordada á souché para trajes.
Núm. 9.—Cenefa para ropa blanca. En donde hay los puntitos se pone la tela doble.
Núm. 10.—Letras enlazadas, bordadas á plumetis y arenilla.
Núms. 11 y 12.—Cenefas para ropa blanca. Bordado á la inglesa.
Núm. 13.—C. T. Bordado ruso.
Núms. 14 y 15.—Dos ramitos: bordado en blanco. Plumetis y arenilla.
Núms. 16 á 40.—Abecedario bordado á plumetis.

REVÉS.

- Núm. 1.—Bordado al pasado para sábanas.
Núm. 2.—Pañuelo rico, bordado á plumetis, calados y arenilla.
Núm. 3.—Otra esquina de pañuelo plumetis y calados.
Núm. 4.—Tirador de campanilla, bordado de Strasburgo, esto es, feston, aplicaciones y puntos largos.
Núm. 5.—Cubierta de acerico. Bordado al pasado con colores vivos sobre raso.
Núm. 6.—Otro fuelle para limpia-plumas. Bordado al pasado y punto ruso.
Núm. 7.—Palma: bordado de Strasburgo; en donde están los puntitos se pone la tela doble, ó bien se recorta, estando doble en todo lo demás.
Núm. 8.—Cenefa de encaje: trenzilla y calados.
Núm. 9.—Otra cenefa: bordado de Strasburgo.
Núm. 10.—Cenefa bordada al pasado y puntos largos.
Núm. 11.—Punta de cuello. Encaje irlandés.
Núm. 12.—Cenefa para ropa blanca, bordado á la inglesa.
Núm. 13.—Cenefa bordada á souché para trajes.
Núms. 14 á 39.—Abecedario bordado á plumetis.



